LA SOMBRA DEL BOSQUE

SALVADOR FELIP

LA SOMBRA DEL BOSQUE

edhasa

Consulte nuestra página web: https://www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:

Primera edición: octubre de 2025

© Salvador Felip, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6463-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 14916-2025

Impreso en España

A Juan, Pilar, Enrique y Paz.
Aunque seamos diferentes,
siempre estaremos juntos.

Capítulo 1

Con el escudo en alto, Virio detuvo el golpe con facilidad. El impacto había sido menor que otros anteriores. Frunció el ceño, dio un paso hacia atrás, negando ligeramente con la cabeza, y contempló cómo Careca apretaba los dientes. Sin duda, trataba de contener su agitada respiración, al tiempo que volteaba su espada en arco, muestra evidente de por dónde llegaría el ataque. Afirmó los pies en el suelo y afianzó el agarre del escudo de madera de roble recubierto de cuero, dispuesto a interceptar el siguiente envite.

–Levanta el brazo –anunció, justo antes de mover la espada hacia la cabeza de su oponente.

Sorprendida pese al aviso, Careca por poco no atinó a protegerse el escudo, y a duras penas evitó que la hoja sin filo que manejaba Virio la alcanzara de lleno en la testa. Sin embargo, el golpe fue lo bastante fuerte como para hacerla trastabillar un par de pasos.

–Flexiona las rodillas y afirma los pies en el suelo –indicó Virio, que se mantuvo quieto, sin aprovechar la ventaja que el desequilibrio de Careca le hubiera concedido en un combate real–. No pierdas la posición.

–¡Ya lo sé! –resopló ella, mientras agitaba la cabeza para apartar su larga trenza–. Otra vez.

–Deberías descansar un rato.

–¡No! ¡Vamos a seguir! –exclamó Careca con un grito, arrojándose contra él con la espada en alto.

Dejando escapar un suspiro, Virio se quedó estático a la espera del ataque, ladeándose después lo justo para que el golpe no impactara de lleno sobre el escudo oval que embrazaba en su lado izquierdo. Mientras lo hacía, se preguntaba cómo era posible que, tras casi un año entrenando a la hija del jefe del castro, Careca aún no hubiera aprendido que los combates se ganaban con la cabeza y no con el corazón. Parecía que cuanto más le decía Virio que, para una joven con su delgada constitución, resultaba imprescindible ahorrar el vigor hasta que el enemigo cometiera un fallo, más insistía ella en avasallarlo a golpes. Tal y como le había dicho Dovidena, su mujer, Careca era demasiado impaciente.

–¡Ya es tuyo, Careca! ¡Dale fuerte!

Unos pasos por detrás de ellos, Arreno, el hermano menor de Careca, agitaba en alto su pequeña espada de madera, saltando emocionado mientras imitaba torpemente las estocadas que intercambiaban los combatientes. A sus siete años, estaba convencido de que su hermana era tan fuerte y hábil como Lug, el dios maestro de las artes que se enfrentaba a sus enemigos armado con una lanza. Careca lo miró de reojo, arrugando la nariz al tiempo que sus labios se curvaban en un gesto feroz, un instante antes de centrarse de nuevo en Virio.

Aprestando el escudo, el guerrero se movió ligeramente hacia adelante para acortar el espacio que lo separaba de su alumna. Confiaba en que ella mantuviera la distancia, tal y como le había enseñado. Sin embargo, Careca se abalanzó de nuevo sobre él, volteando la espada sobre su cabeza para ganar impulso. Antes de que pudiera golpear, Virio cargó contra ella con el escudo y la derribó con violencia.

–Nunca dejes que un oponente más fornido que tú se acerque tanto –comentó él–. Mantén las distancias.

Careca lo contempló con odio desde el suelo, enseñando los dientes, antes de llevarse una mano a la nariz para cortar la incipiente hemorragia que el golpe de escudo de Virio le había provocado.

–¡Arriba, arriba! –gritaba Arreno.

–Deja en paz a tu hermana y enfréntate a mí, si tienes valor.

Mientras Careca recuperaba el resuello, Virio giró la cabeza para observar a la joven que caminaba hacia ellos con los brazos abiertos, ya por delante de Arreno, en actitud amenazadora. Delgada, de escasa estatura y sin apenas curvas, Ambata agitaba su largo pelo castaño mientras imitaba el rugido de un oso. Arreno rio complacido mientras se volvía hacia ella con su espada en alto.

–¡Te mataré, maldito oso! –chilló el niño alegremente.

–Voy a devorarte –advirtió Ambata, sin hacer caso de las inútiles estocadas que Arreno le propinaba con su arma de madera. Asió al niño y lo arrojó al suelo para hacerle cosquillas, y el pequeño se carcajeó, sin dejar ni un instante de patalear.

–Sois patéticos –aseguró Careca, que trataba de despegar el barro de sus pantalones–. ¿Acaso no piensas madurar nunca? ¡Ya tienes quince años!

–Prefiero seguir siendo un oso –afirmó Ambata, liberando a Arreno–. Padre quiere que vayamos a la casa principal. Ha llegado un mensajero de Lancia.

–¿De Lancia? –repitió Careca–. ¿Han convocado el consejo de jefes?

–No lo sé. Sólo me ha pedido que acudamos.

–Tal vez estemos en guerra con los romanos. ¡Por fin! –exclamó Careca con una amplia sonrisa–. ¿No crees, Virio?

El aludido miró a Careca y trató de recordar la última vez que él mismo había sentido una emoción así de intensa al pensar que se iba a convertir en protagonista de una de las gestas que los bardos relataban en torno a las hogueras. No alcanzó a vislumbrar ese instante, aunque supuso que fue antes de su primera batalla. Antes de que el imborrable hedor de los cadáveres quedara grabado a fuego en su memoria.

–No –replicó finalmente–. El campamento de una de sus legiones está al otro lado del bosque, junto al río. Si estuviéramos en guerra, ya nos habríamos enterado.

Careca desdeñó el comentario con un gesto y se volvió para marchar hacia el centro del castro, con Arreno y Ambata pegados a su espalda. Virio los contempló alejarse, antes de recoger del suelo las armas. Recuperó su sayo de lana negra, el espeso manto distintivo de todo guerrero astur, y se envolvió en él, ciñéndoselo al hombro derecho con una fíbula de oro en forma de caballo. Mientras echaba a andar de vuelta hacia su cabaña, se preguntó si Careca tendría razón, si aquel mensajero llegado de Lancia, el principal castro de las tribus astures, traía la noticia que tanto temía escuchar: una nueva guerra contra Roma.

Apretó el paso, temeroso de llegar a la reunión cuando ya hubiera empezado. Serpenteaba entre las cabañas, tan cerca unas de otras que, en ocasiones, resultaba imposible que dos personas pasaran a la vez entre sus muros de adobe. Alcanzó su propia casa y abrió la puerta, confiando en que Dovidena se encontrara allí. Sin embargo, cuando se adentró en el interior de la estancia circular que componía su hogar, descubrió que ella aún no había vuelto del campo, donde estaría pendiente de las cosechas de trigo y centeno junto con otras muchas de las mujeres del castro. Con un suspiro de resignación, dejó las armas de entrenamiento apo-

yadas contra la pared y se acercó a la mesa, situada en uno de los lados. Se lavó enérgicamente la cara con el agua que contenía un cuenco de cerámica rojiza que reposaba sobre la misma. Se ajustó la banda que contenía su corta melena y suspiró, mirando su reflejo en la bamboleante superficie del agua. Unos ojos verdes, encuadrados en un rostro estrecho de nariz afilada, lo contemplaban con cansancio. Se apartó de la mesa y recogió su mejor espada, se la ciñó al cinto, embrazó el escudo y abandonó su hogar.

Transitó por el embarrado dédalo de callejuelas que se entrecruzaban entre las apiñadas cabañas antes de salir a la vía principal, el único camino interior del castro que contaba con una calzada de losas de pizarra. Medía cerca de trescientos pasos desde la entrada frontal de las murallas hasta la gran explanada, donde se ubicaba el ara de sacrificios para las ceremonias y el edificio rectangular que albergaba el salón de reuniones. A paso vivo, Virio se sumó al goteo de guerreros y jefes que coincidían en la calzada. Hasta el último habitante del castro parecía consciente de que las noticias de ese mensajero eran importantes, así que dejaban sus quehaceres diarios y se sumaban al torrente humano que ascendía hacia la zona más alta del pueblo.

Una vez en la explanada, Virio comprobó que el gentío se acumulaba frente a las puertas de la sala principal. Ante ellas, en el estrecho círculo enlosado que precedía a la entrada, esperaba pacientemente el mensajero, acariciando la cabeza de su caballo ruano. Sin perder más tiempo, Virio se abrió paso con decisión y franqueó las dobles puertas de madera para adentrarse en el salón, ya abarrotado.

La estancia la conformaba un espacio rectangular de esquinas redondeadas, de cuarenta pasos de largo por diez de ancho. A diferencia de la mayoría de las cabañas, cuyas paredes solían ser de postes de madera con manteado de ba-

rro, la sala se cerraba por medio de muros de pizarra enlucidos, sobre los cuales se abrían hornacinas en las que se situaban cuencos de cerámica llenos de aceite, preparados para iluminar el recinto en las celebraciones nocturnas. El techo de paja, a dos aguas, se sustentaba sobre anchas columnas de madera, situadas en la parte central a intervalos de ocho pasos. Las mesas, que habitualmente se arracimaban en el interior del espacio para las comidas comunales, habían sido retiradas. Sólo se habían dejado los bancos de piedra pegados a las paredes laterales y la tarima situada en el extremo opuesto a la puerta. Allí esperaba Agedo, flanqueado por Careca, Ambata y Arreno, mientras un buen número de guerreros ligados a su casa se apelotonaban tras él, alrededor de la insignia del jefe del castro, una calavera de caballo adornada con crines negras, portada en el extremo de un asta de madera.

Al aproximarse y notar el agrio olor que emanaba de tantos cuerpos, Virio arrugó la nariz. Se colocó en la zona central, al lado del estandarte de la casa. Frente a él, el pequeño Arreno contemplaba emocionado a la multitud. Ambata estaba a su lado, con las manos cruzadas sobre el regazo y la vista clavada en el suelo. Careca mantenía la cabeza alta, mirando a uno y otro lado. Para sorpresa de Virio, le había dado tiempo a librarse de los pantalones y la túnica que utilizaba en los entrenamientos, que había cambiado por un vestido azul oscuro, ceñido con un cinturón de cuero y rematado por una corta capa de pieles. Igualmente, se había soltado el pelo, que ahora caía en bucles sobre sus hombros. Despojada de su tosco atuendo de entrenamiento, a Virio le costaba reconocer a su alumna en aquella joven de diecinueve años, cuyos hermosos ojos del color de la miel despertaban la admiración y el deseo de varios de los jóvenes guerreros del castro. Alta y esbelta, Virio no podía negar que

Careca poseía una enorme belleza. Por desgracia, su carácter no resultaba tan agradable como su aspecto.

Poco después, Agedo se situó en el punto frontal de la tarima y observó a la multitud. Asintió, satisfecho, e hizo un gesto al heraldo que esperaba junto a la puerta. El sonido de un cuerno reverberó en el exterior y provocó un incremento de los murmullos entre los presentes mientras se abría un pasillo entre ellos para permitir el paso del mensajero hasta la zona cercana al estrado de madera. Una vez allí, esperó a que los jefes se colocaran en semicírculo tras él, según su prestigio e importancia en la jerarquía. Sólo entonces miró a Agedo y saludó con una breve inclinación de cabeza.

–El castro de Maliaca te saluda –afirmó Agedo con voz potente–. ¿Qué nuevas traes de nuestros hermanos de Lancia?

–Mi señor os envía saludos, gran Agedo –replicó cortésmente el mensajero–. Me presento hoy ante ti y tus jefes para anunciar que se ha convocado un concilio de todas las tribus astures. Será en Lancia, en el mediodía que siga a la séptima noche.

Un creciente rumor se alzó en la sala a medida que los presentes comentaban unos con otros las nuevas y las repetían a lo largo de la sala para que alcanzaran todos los rincones. Mientras, Agedo se mantuvo en silencio.

–¿Por qué tanta urgencia? –inquirió Agedo, una vez se hubo apaciguado el murmullo.

–El gobernador Publio Carisio ha demandado un aumento del pago anual que nos impusieron los romanos tras la guerra.

–¿De cuánto?

–De un tercio.

Un clamor de indignación se elevó entre la multitud de guerreros que llenaban la estancia en cuanto se hicieron

eco de la exorbitante petición del legado propretor que comandaba a los romanos de la provincia de Lusitania. Tras la contienda a la que acudieron en ayuda de los cántabros, la paz había resultado muy cara. Sólo la firma de un acuerdo en el que se comprometían a entregar a los romanos un tributo anual en oro había logrado frenar los combates.

–¡Es intolerable! –rugió una voz entre la multitud–. ¡Los astures jamás accederán a humillarse de ese modo!

Un guerrero dio un paso al frente y se señaló a sí mismo como la persona que había emitido tan rotundo veredicto. Alto, fuerte y musculoso, Bodecio no sólo era el luchador más fuerte del castro, sino también uno de los jefes más respetados del pueblo. Pese a que aún no había cumplido los treinta años, las cicatrices que lucía en su pecho, visibles a través de la abertura que dejaba la cadena de oro con la que se cerraba el chaleco de lana, testimoniaban su valor.

–¿No merece una réplica el desprecio que nos hacen esos perros? –insistió, alzando ambos brazos, como señal para que la sala entera prorrumpiera en gritos de guerra.

Agedo guardo silencio mientras contemplaba con seriedad el rostro de Bodecio, que enmarcaba unos ojos marrones, una nariz aguileña, un mostacho castaño y una mandíbula cuadrada. Durante unos instantes, el líder del castro permitió que la barahúnda continuara. Después, alzó una mano y la mantuvo en alto hasta que las voces se fueron apaciguando.

–Esta noche recibirás nuestra hospitalidad –anunció al mensajero–. Al amanecer partirás de regreso a Lancia para comunicar que estaremos orgullosos de acudir al concilio –añadió, desatando con sus palabras una ovación de los reunidos, recibida por Agedo con la cabeza en alto y los brazos extendidos, como si con aquel gesto quisiera abarcar a los presentes.

El estruendo acabó de manera repentina y abrió paso a una miríada de conversaciones. Mientras el emisario dejaba la estancia, los jefes se agruparon en corrillos en torno a sus líderes para comentar lo que aquel concilio podría deparar. Agedo caminó entre ellos, recogiendo un comentario o expresando su opinión con firmeza. Se movía despacio, con la cabeza alta, hasta que se encontraba con uno de sus fieles. En ese momento se detenía, intercambiaba unas palabras y mantenía sus ojos fijos en la lejanía al tiempo que se atusaba el bigote, cuajado de canas, mientras asentía ligeramente y escuchaba con atención cuanto le decían.

Aún subido en la tarima, Virio lo seguía con la mirada. Los movimientos pausados del jefe del castro ocultaban la cojera que sufría en su pierna izquierda, producto de una vieja herida recibida en combate. Frisando los cincuenta y con más cintura de la que desearía, todos eran conscientes de que Agedo nunca volvería a luchar en una batalla. Sin embargo, era demasiado orgulloso para mostrar debilidad, por lo que había adoptado aquel caminar displicente, que, según él, le otorgaba cierto aire señorial.

La fuerte risa de Careca hizo que Virio desviara su atención hacia un lado, donde la hija del jefe del castro se había convertido en el centro de atención del nutrido grupo de jefes que lideraba Bodecio. Éste se mantenía junto a Careca y sonreía confiadamente. Muchos en el pueblo consideraban que la relación que mantenían Careca y Bodecio había sido instigada por Agedo, quien, según los rumores que circulaban, se aseguraba de mantener vigilado a su mayor rival gracias a su hija. Sin embargo, Virio conocía demasiado bien a Careca como para creer que se prestara a semejante juego. En cualquier caso, los entresijos de la política del castro se le escapaban. Por eso decidió abandonar la sala.

Una vez junto a las puertas, comprobó que la multitud que esperaba fuera no sólo no se había disgregado con el final de la reunión, sino que se encontraba inmersa en el mismo proceso de formación de corros que aquellos que aún se encontraban dentro. Virio se deslizó entre los grupos de hombres, aunque fue incapaz de sortear a los conocidos que lo detenían a cada paso y con los que se veía obligado a intercambiar alguna que otra opinión, para evitar que se sintieran ofendidos.

–¡Monstruo! ¿Qué haces aquí?

La voz infantil resonó a su lado con tanta fuerza que Virio se dio la vuelta con rapidez, sin poder evitar que su mano se crispara sobre el pomo de la espada. Sin embargo, el rapaz espigado de diez u once años que pasó a su lado, seguido de una camarilla de chiquillos, dirigía sus insultos al hombre que se encontraba más adelante, pegado a una de las casas cercanas.

Al escuchar el grito, Tancino pareció encogerse contra la pared junto a la que se encontraba. Vestido con pantalones pardos, un chaleco de cuero llena de remiendos y un sucio sayo de lana, su figura, pese a que sacaba una cabeza al propio Virio y era mucho más ancho de hombros, apenas destacaba contra el enlucido de barro que cubría la pared de la cercana choza.

Siguiendo el ejemplo de su cabecilla, los chavales recogieron cuantos guijarros y excrementos encontraron a su alrededor y comenzaron a apabullar a Tancino, apedreándolo sin piedad, al tiempo que le prodigaban todo tipo de insultos. Él se limitaba a cubrirse la cabeza con sus grandes manos y a encorvarse contra la pared.

–¡Engendro del Dios sin Nombre! –gritó el que encabezaba el ataque. Apuntó con cuidado antes de lanzar una piedra que alcanzó a Tancino cerca de una oreja y abrió un

pequeño surco rojo en su piel, lo que produjo un coro de vítores entre sus seguidores.

–¡Largaos de aquí, mocosos! –gritó Virio, adentrándose en medio del grupo de niños y repartiendo un par de golpes a los que no fueron lo bastante hábiles como para escapar ante su llegada.

Con la misma rapidez con la que habían llegado, los jovenzuelos se desvanecieron entre los corrillos de hombres que habían asistido al apedreamiento con una sonrisa en los labios. De entre todos los presentes, únicamente Virio hizo algo para acabar con aquella dolorosa lluvia de piedras y desprecio. Tancino bajó las manos y se irguió un poco, restregándose la cabeza contra el hombro, como un oso lastimado.

–¿Estás bien? –preguntó Virio.

–Sí –musitó el aludido, que acompañó su respuesta con un encogimiento de hombros, aunque mantenía la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo.

Se llevó una mano al corte que le habían abierto en un lado. Se tocó la sangre y la contempló sobre sus dedos sin variar la expresión de la cara, pues era una de tantas heridas recibidas en situaciones similares. Mientras tanto, el guerrero lo contempló de cerca. Pese a que tenía cerca de treinta años y un cuerpo musculoso, Tancino se mantenía agazapado como un cervatillo ante la lanza de un cazador. Había nacido durante una noche de tormenta con una deformidad en la piel. Zonas enteras de su cuerpo y la mitad de su cara mostraban un aspecto similar al de las oscuras escamas de un pez. Según había oído de las gentes del lugar, aquello era producto de una maldición. Su madre, Caeliónica, era la vidente del castro y, a decir de muchos, dominaba fuerzas oscuras. Por ello, los habitantes de Maliaca pensaban que Tancino era el resultado de la furia de algún dios ante las malas artes de su madre. Muchos se pregunta-

ban por qué ella no lo mató al nacer y, puesto que pensaban que debía de haber algún tipo de motivo oculto en su supervivencia, dejaron que se quedara en el castro. Sin embargo, era despreciado por todos, y lo trataban como si fuera un monstruo.

–Deberías irte a casa –dijo Virio.

Tancino asintió, con sus ojos grises abiertos de par en par, semihundidos en un rostro de nariz aguileña y pómulos prominentes, casi invisibles bajo la mata de pelo negro que le envolvía la cabeza. Echó a andar pegado a la pared. Virio lo siguió en silencio durante un trecho, mientras que el camino que mantenía Tancino fue el mismo que llevaba hasta su casa. Finalmente, se desvió en cuanto llegó ante la puerta de su choza, con la vista aún fija en el gigantesco hombre, que se encaminaba hacia una choza circular situada junto a la muralla, algo alejada de cualquier otra.

Cuando entró en su hogar, Virio sonrió al ver a Dovidena, su mujer. Estaba en mitad de la estancia, de rodillas sobre una esterilla, aplastando enérgicamente un buen número de bellotas con una piedra esférica. Las machacaba una y otra vez sobre la superficie lisa y cóncava de una muela, hasta pulverizarlas en una harina de color marrón, con la que luego horniearía un pan oscuro en el lar comunal.

–¿Ya ha acabado la reunión?

Dovidena se volvió hacia él y esgrimió una sonrisa que iluminó su blanco rostro, de ojos marrones y pequeña nariz. El largo pelo castaño, ligeramente ondulado, le caía sobre la espalda, recogido en dos trenzas anudadas con un fino lazo verde. De cuerpo esbelto, un vestido marrón entallaba su figura con dos bandas de bordados con motivos florales, una encima del comienzo de las caderas y otra justo debajo del pecho. Su único adorno eran unos pequeños pendientes de oro con unas figuras de caballos. Para el guerrero, ni

todas las joyas del castro serían capaces de hacer sombra a la deslumbrante belleza que veía en su mujer.

–Ha sido bastante corta –replicó él, mientras apoyaba las armas contra la pared–. El mensajero únicamente ha dicho que se ha convocado una reunión de jefes en Lancia.

–Habrá guerra –dijo ella. Asintió para sí misma y luego retomó su trabajo sobre la muela.

–Es posible. El gobernador romano ha roto el acuerdo y pide más oro.

–Para los jefes será un insulto.

–Sí. De todas formas, espero que en Lancia predomine la cordura. Podemos hacer frente a un incremento en los pagos, pero no a las legiones.

Deteniéndose de nuevo, Dovidena miró fijamente al guerrero durante un instante. Agrandó la sonrisa de su rostro, antes de negar con la cabeza y devolver la mirada a la piedra esférica que sostenía en sus manos.

–Si tu esperanza de librarte de la guerra se basa en la cordura de los jefes, es que aún eres tan inocente como un niño –aseguró ella.

–Ya veremos.

–Aprovecharé tu ausencia para ir a ver a mi hermanastra.

–Preferiría que permanecieras aquí. Estarás más segura.

–Sé cuidar de mí misma –afirmó Dovidena, borrando su sonrisa mientras redoblaba esfuerzos.

A Virio le hubiera gustado replicar, pero prefirió morderse la lengua. Molestar a su mujer era lo último que tenía en mente. Era consciente de que el miedo a perder a su familia no era racional. Sin embargo, cada vez que se encontraba lejos de su amada no podía evitar que le asaltara la horrible sensación de que le iba a pasar algo. Volvía a verse a sí mismo con cinco años, vagando solo por el bosque, envuelto en la ceniza que caía del cielo proveniente de su aldea natal,

saqueada e incendiada. Aquel día lo perdió todo. A diferencia de su familia, él se salvó de la matanza porque había desobedecido a su madre y se había internado en el bosque persiguiendo a un cervatillo. Nunca supo quién destruyó su aldea, pero el recuerdo de la pérdida de todo su mundo lo perseguiría mientras viviera. De hecho, era ese recuerdo el que espoleaba su tesón por entrenar día y noche, hasta convertirse en el guerrero más hábil del castro, convencido de que, esta vez, nada se interpondría entre él y aquellos a los que amaba.

* * *

Andando pesadamente, Tancino se aproximó y se detuvo ante ante la entrada para recoger al gato de pelaje gris que ronroneaba al sol sobre una piedra. Lo acarició con cuidado y lo acunó entre sus fuertes brazos antes de apartar la grasienta cortina de cuero que ocultaba el interior y adentrarse en la estancia. La cabaña estaba en penumbra, puesto que, una vez tapada la entrada de nuevo, la luz sólo llegaba de la salida de humos situada en la parte central del techo y del fuego que ardía en el centro. Sin embargo, Tancino no necesitaba esperar a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad para saber qué había dentro de la cabaña. Un familiar olor agrio inundó su nariz, mezclado con otros aromas que logró identificar: el humo que surgía de la fogata que crepitaba en medio de la estancia, el tufo que emanaban los cuerpos de los pequeños animales que colgaban de varias cuerdas suspendidas en el techo y los aromas entremezclados de infinidad de plantas recogidas en el bosque. Beleño, tomillo, madreselva, ruda, muérdago, musgo... El gato maulló, agitando una de sus patas para llamar la atención de su dueño, que lo recompensó con una caricia. Al

elevar la vista del pelaje gris de la mascota, Tancino se fijó en la figura envuelta en una deshilachada túnica de color gris que se encorvaba sobre una marmita, junto al fuego. Murmuraba palabras inaudibles entre dientes, mientras arrojaba al interior del recipiente trozos de plantas que extraía de varios sacos que mantenía en el suelo, frente a ella. Pensando que no había advertido su presencia, Tancino se giró para salir de la cabaña, pero la voz de su madre resonó en la penumbra.

–¿Ya estás de vuelta?

Caeliónica giró la cabeza para mirar a su hijo. A la luz de la fogata, Tancino contempló el ajado rostro de su madre, enmarcado por una enmarañada mata de pelo canoso. Su nariz afilada sobresalía entre dos ojos pequeños y hundidos que recogían el fulgor de las llamas y le daban a la apergaminada cara un aspecto cadavérico. Una vaharada convenció a Tancino de que su madre había comenzado a beber antes de lo habitual ese asqueroso y amargo elixir que preparaba el hijo del herrero.

–¿Qué es eso? –inquirió ella, señalando el rostro de su hijo.

Tancino se llevó una mano a la sien, recordando el corte que la piedra le había provocado. Se preguntó cómo, en aquella penumbra, su madre había sido capaz de verlo.

–No es nada.

–Ya lo han vuelto a apedrear los niños –rezongó ella, como si hablara para sí misma–. No sé cómo he podido tener un hijo tan estúpido. Es el precio que tuve que pagar a los dioses.

Tancino acarició de nuevo al gato. Después se dio media vuelta y se dispuso a salir, aunque, en cuanto echó a un lado el cuero que tapaba la entrada, se detuvo. En el hueco que dejaban dos chozas, situadas a treinta pasos de distancia,

descubrió dos figuras conocidas. Riendo abiertamente, Ambata intercambiaba confidencias al oído de Reburinia, su joven amiga, hija de uno de los jefes de una aldea situada monte abajo, junto al bosque. Pese a que no alcanzaba a escuchar lo que decían, los exagerados gestos bastaban para adivinar que estarían hablando de alguno de los guerreros del castro. A través de la cortina entreabierta, la mente de Tancino comenzó a soñar, a imaginar que era de él de quien hablaban esas jóvenes, que era él quien llevaba el rubor a sus mejillas pese al frío viento de la mañana. Durante un instante, aquella imagen se fue haciendo más y más real en su cabeza, hasta que, con un suspiro, se dijo a sí mismo que debía desechar ese pensamiento. Lo mejor era enterrarlo en el fondo de su alma, arrojarlo a un pozo. Sin embargo, aquella sensación se resistía a abandonarlo. Aquella voz interior lo obligaba a preguntarse si ese sueño no sería, después de todo, tan insensato. Tal vez, tal vez...

–¿Qué estás mirando?

El grito de su madre le hizo dar un respingo. Soltó al gato, que cayó al suelo sobre sus patas y salió corriendo con un fuerte maullido. Caeliónica se asomó por la puerta y clavó sus ojos en las muchachas antes de volver al interior y contemplar a su hijo con evidente furia.

–¡Cerdo! –chilló, abofeteando a Tancino con fuerza inusitada–. ¿Es que no provocas ya bastantes problemas? ¡Ni se te pase por la cabeza! –añadió, antes de golpear de nuevo a su hijo mientras éste se cubría la cara con las manos y se encorvaba–. ¡Mírame!

Tancino bajó los brazos poco a poco. En cuanto se volvió ligeramente hacia Caeliónica, ella lo asió del pelo y tiró con fuerza, hasta obligarlo a poner la cabeza a su altura.

–Vas a hacer lo que yo te diga. ¿Está claro? –ordenó, mientras él asentía en silencio.

Caeliónica mantuvo la mirada fija en Tancino, antes de soltarlo para volver a agacharse junto al fuego, mientras su hijo daba un paso hacia atrás y mantenía la mirada en el suelo en actitud sumisa.

–Ve al bosque y tráeme un par de conejos vivos –ordenó ella–. Agedo siempre me consulta antes de tomar una decisión importante, así que vendrá a verme en una o dos noches. Necesito examinar las entrañas de un animal.

–Voy, madre –dijo Tancino, encaminándose hacia la salida.

–Habrá guerra –murmuró Caeliónica mientras su hijo salía de la cabaña–. Eso está bien. La guerra trae muchas oportunidades.

A grandes zancadas, Tancino siguió la muralla hasta la poterna más cercana y abandonó el castro en dirección al bosque. Su mente no dejaba de recordar las palabras de su madre. Ella tenía razón, la guerra ofrecía oportunidades. Sin embargo, algo en su interior le decía que, sobre todo, esta contienda traería sangre.

* * *

La pálida luz del amanecer apenas comenzaba a rasgar la penumbra cuando Lucio echó a un lado la manta y se incorporó en el catre. Se mantuvo así durante un rato, sentado sobre el lecho, con los pies ya en el suelo. El frío de la estancia le erizó la piel y le despojó del último rastro de somnolencia. Después se levantó, se lavó la cara, los brazos y las piernas con el agua gélida de una palangana que reposaba en una mesa baja, junto a su cama, y, tras secarse, comenzó con tranquilidad el ritual de prepararse para un nuevo día. Se puso la gastada túnica de lana, roja, a diferencia del blanco que utilizaban los legionarios. Cubrió sus pies con unos gruesos

calcetines antes de calzarse las sandalias, y se colocó las grebas de metal bajo las rodillas, agradeciendo que el interior estuviera forrado de cuero. Recogió la cota de malla de manga corta y se la puso, y luego añadió las hombreras suplementarias antes de ajustarla con el cinturón de cuero, del que colgaba el gladio, a la izquierda, evidenciando su puesto de oficial. Sobre la cota, colocó el arnés de cuero en el que había prendido las seis *phalerae*, los discos de bronce bañados en plata con distintos grabados de la diosa Victoria. Eran las medallas ganadas como premio al valor en los varios combates en los que había participado.

Ya vestido, salió de la estancia y se dirigió a la sala contigua. Allí se sentó en el taburete situado junto a la mesa circular que se alzaba en el centro, sobre cuyo tablero reposaba un plato de cerámica con un trozo de pan espolvoreado con sal, un puñado de olivas en salmuera y dos porciones de queso de cabra curado. Comió despacio, acompañando el desayuno con un vaso de vino rebajado con agua. En cuanto hubo acabado, se levantó, se acercó a un aparador y recogió de allí lo último que necesitaba antes de salir a pasar revista a sus hombres. Primero, la capa de lana roja rectangular de los oficiales, fijada con un broche sobre el hombro derecho. Después el casco, de acero gálico, ganado en un combate contra una unidad auxiliar bárbara durante las guerras civiles. Coronado por el penacho curvo de plumas rojas que lo identificaba como centurión, era mucho mejor que el típico casco de bronce que usaban en la legión. Finalmente, recogió la vara de sarmiento, que le concedía el derecho a golpear a ciudadanos romanos, el verdadero símbolo de su estatus en el ejército. Con ella en la mano, Lucio Severo Actiaco, centurión *primipilo* de la legión VI Victrix, abandonó sus estancias y salió del barracón.

En cuanto cruzó el dintel, giró a la izquierda y se adentró en la calle que formaban los dos edificios de planta rec-

tangular en los que se ubicaba la centuria doble que comandaba. A cada lado se abrían diez puertas de madera, una por cada cubículo, ocupado por un contubernio, el grupo de ocho legionarios que formaba la unidad básica del ejército romano. Pese a que todas ellas aún permanecían cerradas, a oídos de Lucio llegaban los familiares sonidos que delataban que sus hombres ya habían saltado de las literas, recogían su equipo y tomaban el desayuno.

A medida que paseaba entre los barracones, sus oficiales comenzaron a aparecer. Gayo, el *optio* y su segundo al mando, se acercó hasta él, portando en su mano las tablillas enceradas sobre las que apuntaba las tareas asignadas a los legionarios. Pese a que llevaba poco tiempo a su lado, Lucio ya se había hecho una idea desfavorable de él. Enjuto y más bajo que el centurión, no llegaba a los seis pies que constituían la altura ideal que se buscaba en las oficinas de alistamiento. De nariz chata y ojos algo hundidos, llevaba siempre dos gruesas túnicas encima, además de polainas en las piernas hechas con tiras de lino esmeradamente anudadas hasta la cadera, como los viejos. Era detallista con la burocracia, pero, según le habían contado, había dejado caer el rumor entre los legionarios de que estaba dispuesto a asignar las tareas más gratas a aquellos soldados que se mostraran más generosos con él. Y, aunque aquella fuera una práctica relativamente común en la legión, Lucio la reprobaba con ferocidad.

Una vez a su lado, Gayo realizó un rápido saludo antes de pasarle las tablas de madera. Lucio las revisó y comprobó con un asentimiento que todo parecía en orden. Tal y como pensaba, la mayor parte de la unidad cumpliría trabajos ese día, por lo que no habría entrenamiento con armas. Mientras repasaba las tablillas, el *bucinator* se puso a su lado, con la tuba de forma circular que daba nombre a su cargo. A una